

Solía ser Josefina Marozzi. No podía pasarme sin libros, diccionarios, diarios, fotocopias, escrituras. Reviso las paredes. Debe haber una raya, una traza, algún garabato humano. Pego mi ojo sobre cada rincón; en el filo de las esquinas. No se perciben huellas dactilares de un ocupante previo. Pero sobre el codo inferior del caño del lavabo, alineados cuidadosamente, los palpo, blancos e inmortales. Dos granos oblongos. Semillas de legumbres. Ese antecesor tácito me las lega. ¿Quién?

Alguien que se acostó aquí, alguien que se desveló en este camastro me regala la ocupación de hacer germinar un par de alubias. Alumbraré plantas. Quien haya sido, las colocó aquí para que yo reproduzca la vida.

...

Me acucia el hallazgo de más destellos de su voluntad.

...

Rasco la humedad de un ladrillo. La emplasto con sobrantes de guiso y amaso hasta obtener una pequeña esfera. Introduzco las alubias en el sólido suelo de su planeta.

..

El montacargas, posible cauce con que se navega este mundo que me es dado, me acerca su escudilla de comida ¿Estarán la letra, una palabra para mí? No me atrevo a fijarme. Cierro los ojos.

...

Nada. Todavía.

...

Recurro al tacto. Repaso el reverso de las superficies, el abajo. Quien ocultó las semillas, habrá disimulado otros rastros. Nuevamente, el lavabo. Detrás de su base, a ras del piso, raspaduras hondas anuncian una identidad: Nina. Alguien me habla.

Nina lo hace.

...

Nina me dice que de aquí se sale. Ella salió. Pero ¿de qué modo? Lo acalla; baja la voz, no escucho el cómo.

...

Les doy aliento a las alubias. Les soplo gotitas de saliva; nacerán con algo mío.

...

Una insospechada campanilla. He aquí que suena, lejana, límpida. Obliga a imaginar el campanario de una iglesia, en un mundo con densidad externa. Un mundo que, afuera, obedece las leyes de rotación, las estaciones, el ciclo de recomienzo luego del fin.

Sin embargo, esta prisión también integra ese mundo; se enclava en el centro de su boca urbana. La deliberada tensión con que se la cerca, cuán cautelosamente se la esquivo, el silencio con que se la envuelve indican que nadie ignora que sucede en Rosario; que en una calle céntrica, autos de marca reconocible trafican con mercadería amordazada. Que entran y salen a horas inhóspitas. Hay que poner mucha atención para recordar que no se los notó ni oyó.

...

Me convierto en una buscadora de tesoros. Una avariciosa cazadora de recompensas.

...

Empiezo la búsqueda. Reconstruiré la crónica de estancia de Nina en este navío. Imagino que ha depositado una carta en alguna latitud de la cripta. Desnudo el elástico del lecho, palpo los intersticios de cada barrote. Con las uñas desarmo unos diez centímetros de la costura del colchón. Trabajosamente saco por la abertura el relleno de la primera mitad; la lana se agruma en una densidad doblemente animal. Aparece un botón verde, como los de mi uniforme; lo raya una N. Entre los rulos, asimismo, un pequeño abanico de papel higiénico. Lleva un dibujo primario de aves que entrelaza las palabras Nina y Hernán.

Me enjoyo con los hallazgos, con la imaginación que me aportan.

Recompongo la apariencia del jergón. Resta la inmensidad de su otro extremo para buscar. Procederé con parsimonia, con delectación.

...

Como un estetoscopio, atiendo el menor murmullo de la respiración con que Nina marcó este territorio.

...

Ella constituye ahora el principal territorio de mis travesías.

....

Se repiten las bandejas mudas del montacargas. Desdeñan la letra que mandé a pescar para que recogiera una palabra en su punta.

No hay un acto, una imagen desconcertante que pongan la mano de la palanca en el instante de la vacilación.

...

Ingiero mi guiso. Alineo en la mirilla una lenteja por cada plato bajado. Avanza la hilera.

....

Yo solía ser Josefina Marozzi, y traduje libros. Algunos, inconvenientes.

...

Caigo en la tentación de revisar mis acciones pasadas; busco en ellas el desvío que motiva este apartamiento. Pero ese juicio universal carece de sentido. No cabe probabilidad de hecho inocente. ¿Desde cuándo nos es imposible cometer actos de estricta inocencia?

...

Un estrépito, afuera. Algo rueda. La mirilla opaca, muda.

...

El escalón más bajo de la pirámide jerárquica, un peón triste, aquel marido ultra desdichado, esa mujer golpeada, pueden ser la palanca con la que el poder me arranca del tiempo y me conserva en la celda. Aquél (o ella) que con maternal celo me mantiene viva.

...